

## PRESENCIA RELEVANTE DE LA DESCRIPCIÓN EN LA ARAUCANA

Por Lucrecio Pérez Blanco

**L**a *Araucana* es “el poema castellano que canta la guerra, el valor, el patriotismo y concede una importancia poco corriente al aspecto militar de la conquista...Se inspira Ercilla en los mismos cánones descritos de Virgilio y Lucano...pero la sostenida narración de la guerra, con sus horrores y su fuego, la exaltación y sublimación del heroísmo convierten su obra en un nuevo tipo de poema”<sup>1</sup>. De ahí que no podían faltar en ella, como obra de un poeta del Renacimiento, ni los episodios de tema clásico, ni las descripciones de la naturaleza vista a través de los paisajes virgilianos o italianos.

No pierde de vista Ercilla, es verdad, los modelos clásicos e italianos — Virgilio, Lucano, Ariosto...<sup>2</sup>—; pero concibe la epopeya como “*historia verdadera*”, próxima y real, y esta concepción le lleva a considerar a sus personajes, no como semidioses, sino como seres a escala humana, por lo que son los valores humanos los que, en su obra, adquieren toda su tensión.

Estará presente también en su obra lo maravilloso —sueños, conjuros mágicos, maravillas de creencia popular y prodigios milagrosos—: se le cuelan dentro de su poema al español para suavizar un tanto tanta violencia como sublima su pluma.

Por su concepción particular de la epopeya es por lo que lo real, lo que se percibe con los ojos y se palpa con las manos, toma categoría sustancial en su obra y, consecuentemente, brilla con singular esplendor una de las figuras de pensa-

---

<sup>1</sup> F. Pierce, *La poesía épica del Siglo de Oro*, 2ª edic. Madrid, 1968, p. 72.

<sup>2</sup> Téngase presentes sobre este tema, entre otros, los estudios siguientes: “El renacentista Ercilla y el barroco Oña”, en *Los grandes libros de Occidente y otros ensayos*, México, 1957, pp. 45-47 de Enrique Anderson Imbert; *L’Arioste en Espagne*, Bordeaux, 1966 de Maxime Chevalier; *Ariosto y su influencia en la literatura española*, Buenos Aires, 1932 de Antonio Portnoy.

miento que siempre usará quien se precie de ser un verdadero paisajista y retratista. Y Ercilla lo es.

Ya lo apuntó en su día Méndez y Pelayo en *Historia de la poesía hispanoamericana*. “Tres cosas hay, capitales todas, en que Ercilla no cede a ningún otro narrador poético de los tiempos modernos: la creación de caracteres (entiendo por tales los de los indios, pues sabido es que los españoles no tienen en sus versos fisonomía propia, y el mismo caudillo aparece envuelto en una celosa penumbra); las descripciones de batallas y encuentros personales...las cuales se admiran una tras otra y no son idénticas nunca, a pesar de su extraordinario número; las comparaciones tan felices, tan expresivas, tan variadas y ricas, tomadas con predilección del orden zoológico, como en la epopeya primitiva, que tan hondamente aferradas tenía sus raíces en la madre naturaleza”<sup>3</sup>.

Este estudio<sup>4</sup> tiene como finalidad el probar la justeza de las palabras de Menéndez Pelayo respecto a la creación de caracteres<sup>5</sup>, pero especialmente a las

<sup>3</sup> M. Menéndez y Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana*, vol. II, Santander, Aldus, 1948, pp. 225, 228, 231.

<sup>4</sup> Para este trabajo se tendrá presente y se seguirá la edición de Marcos Morínigo e Isaías Lerner, Madrid, Clásicos Castalia, 1979. Y las citas se harán del modo siguiente: Canto, Parte (1ª, 2ª ó 3ª), tomo, y página.

Se recomienda tener en cuenta una selecta bibliografía en torno a la obra ercillana y que doy a continuación: F. Alegria, “Ercilla y sus críticos”, en *La poesía chilena: Orígenes y desarrollo*, México, 1954, pp. 32-34; Alfonso Bulnes, *Visión de Ercilla y otros ensayos*, Santiago de Chile, Ed. Andrés Bello, 1970; Julio Caillet-Bois, *Análisis de la Araucana*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1967; Raúl H. Castagnino, “La Araucana, pieza testimonial de un pleito multiseccular”, en *Escritores hispanoamericanos desde otros ángulos de simpatía*, Buenos Aires, Edit. Nova, 1971, pp. 39-46; Agustín Cueva, “El espejismo heroico de la conquista (Ensayo de interpretación de *La Araucana*)”, en *Casa de las Américas*, n° 110, sept-oct., La Habana, 1978, pp. 29-40; Arnold Chapman, “Ercilla y el furor de Marte”, en *Cuadernos Americanos*, n° 6, México, 1 de Noviembre, 1978, pp.87-97; Guillermo Edenia, “La primera epopeya americana en su cuarto centenario”, *Rev. Interamericana de Bibliografía*, V. XX, Washington, Unión Americana, 1970; Luis Galdames, “El carácter araucano en el poema de Ercilla”, *Anales de la Universidad de Chile*, XCI, 1933, 11, pp. 40-53; J. van Home, “El mérito de *La Araucana*”, *Rev. Iberoamericana*, n° 22, Universidad de Pennsylvania, Pittsburg, 1957, pp. 339-344; *Homenaje a Ercilla*, Universidad de Concepción, 1955; Augusto Iglesias, *Ercilla y La Araucana*, Santiago de Chile, Publicaciones de la Academia Chilena, 1969; Isaías Lerner, *Edición de la Araucana*, Madrid, Ed. Cátedra, 1993; F. Marqués de Villena, “Sobre Ercilla y *La Araucana*”, *Archivo Hispalense*, Sevilla, 1955; José Toribio Medina, *Vida de Ercilla*, México, Biblioteca Americana, 1948; Hugo Montes, “Estudio sobre *La Araucana*”, Valparaíso, Universidad Católica, 1966 y en *Rev. de Letras*, 1, 1966; Hugo Montes, “El héroe de *La Araucana*”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 179, noviembre, Madrid, 1964; María Rosa Lida, “Dido y su defensa en la literatura española”, *Revista de Filología Hispánica*, IV, 1942, números. 3 y 4 y “El amanecer mitológico en la poesía narrativa española”, *Revista de Filología Hispánica*, VIII, 1946, pp. 77-110; L. Morales Oliver, *Raíz vascongada en la vida y la obra del poeta Ercilla*, Madrid, CSIC, 1955; Pablo Neruda y Eizaguirre, *Don Alonso de Ercilla, inventor de Chile*, Santiago de Chile, Ed. Pomaire, 1971; A. Oliver Belmás, “Las dos pruebas del tronco de *La Araucana*”, en *La natividad en los premios Nobel de Hispanoamérica*, Madrid, Cultura Hispánica, 1969; Frank Pierce, *La poesía épica del Siglo de Oro*, Madrid, Ed. Gredos, 1961; Germán Sepúlveda, “Retablo épico de *La Araucana*”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 233, Madrid, mayo, 1969; Lía Schwartz Lerner, “Tradición literaria y heroínas indias en *La Araucana*”, *Rev. Iberoamericana*, n° 81, Universidad de Pennsylvania, Pittsburg, 1972;

descripciones, que dan colorido lumínico al poema ercillano. Del alto valor de las comparaciones, y en especial del apoyo “in terminis”, ya he escrito en otro lugar y momento por lo que no creo oportuno volver aquí sobre ello<sup>6</sup>.

El elemento descriptivo es uno de los máximos valores que dan personalidad al poema ercillano. La presencia de este elemento se hace patente ya en las primeras estrofas, pudiéndose intuir que va a ser esencial en él.

Quiero insistir con todos los críticos que se han acercado al poema de Ercilla que *La Araucana* es una obra eminentemente narrativa como conviene a un poema épico; pero también quiero enfatizar que, a lo largo de su vibrante narración, la descripción se mezcla con ella, unas veces con sobriedad y concisión, y otras de un modo violento y crudo, y así narración y descripción fluyen hermanadas de tal modo que, en algunos fragmentos, es difícil deslindar sus luces para un estudio más concreto. Razón ésta por la que no deba extrañarnos el que, al ir leyendo el poema, el lector un tanto avisado se dé cuenta de que Ercilla necesita de la descripción para arrancar del silencio histórico los acontecimientos y ofrecerlos con toda su luminosidad. Descripción gráfica, real, hipnotizadora del lector, que se ve así envuelto de una manera absoluta por la acción, olvidándose de lo que le rodea.

Momentos hay en que la descripción es suave y tranquila, donde la naturaleza se ilumina como pacífica y serena característica del paisaje renacentista. En otros momentos asistiremos a la constatación de escenas violentas y hasta macabras con el salvaje colorido que ofrece el pueblo primitivo en lucha por su libertad.

La descripción, pues, es para Ercilla el medio indispensable para introducirnos en la acción. Y será de varios tipos: geográfica, de batallas, de fenómenos naturales, de costumbres, de caracteres etc.

Ya en el primer canto dice su presencia la descripción geográfica. Llena una de las primeras estrofas del poema y, en visión aérea, nos ofrece, minuciosa y detalladamente, la situación de Chile y del Arauco.

Como si estuviera contemplando, desde un avión, la punta sur del continente americano, el poeta copia con palabras descarnadas lo que ven sus ojos:

“Es Chile norte y sur de gran longura,  
costa del nuevo mar del sur llamado;  
tendrá del este a oeste de angostura

---

Tomás Thayer Ojeda, “Los héroes indígenas de *La Araucana*”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, XV, 1915, 16, pp. 306-364.

<sup>5</sup> Téngase en cuenta el artículo de Miguel Ángel Vega, “Los caracteres en *La Araucana*”, *Ateneo*, XXXV, 1958, 382, pp. 54-74.

<sup>6</sup> Ver Lucrecio Pérez Blanco, “El símil en *La Araucana* y el *Arauco domado*”, en *Rev. La Ciudad de Dios*, Vol. CXC, n° 2, El Escorial, 1977, pp. 345-366.

cien millas, por lo más ancho tomado;  
 bajo del Polo Antártico en altura  
 de veintisiete grados, prolongado  
 hasta do el mar Océano y chileno  
 mezclan sus aguas por angosto seno”<sup>7</sup>.

Y, dada la visión total de Chile, percibimos cómo el hombre contemplativo fija su catalejo en un punto concreto y su pluma transcribe:

“.....  
 en medio es donde el punto de la guerra  
 por uso y ejercicio más se afina.  
 Venus y Amón aquí no alcanzan parte,  
 sólo domina el iracundo Marte  
 “Pues en este distrito demarcado,  
 por donde su grandeza es manifiesta,  
 está a treinta y seis grados el Estado  
 que tanta sangre ajena y propia cuesta:  
 éste es el fiero pueblo no domado  
 que tuvo a Chile en tal estrecho puesta,  
 y aquel que por valor y pura guerra  
 hace en torno temblar toda la tierra.  
 Es Arauco.....”<sup>8</sup>.

Al lado de estas descripciones propiamente geográficas con las que el poeta fija la situación de un país o región, nos encontramos con otras con las que se describen lugares pequeños, pasos, lomas, valles, pueblos, lugares fortificados, selvas, etc, etc.. En unos y en otros, Ercilla siempre se muestra exacto y minucioso, no dejando escapar el más mínimo detalle. Sirva de muestra la siguiente estrofa:

“Un paso peligroso, agrio y estrecho  
 de la banda del norte está a la entrada,  
 por un monte asperísimo y derecho,  
 la cumbre hasta los cielos levantada:  
 está tras éste un llano, poco trecho,  
 y luego otra menor cuesta tajada  
 que divide el distrito andalicano

---

<sup>7</sup> Alonso de Ercilla, *La Araucana*, edición de Marcos Morínigo e Isaías Lerner, Madrid, Clásicos Castalia, 1979, canto I, 1ª parte, tomo I, p. 129.

<sup>8</sup> *Ibidem*.

del fértil valle y límite araucano”<sup>9</sup>.

Las descripciones geográficas se sucederán a lo largo de todo el poema, porque la variada geografía americana es terreno abonado para que a Ercilla se le desborde el aliento poético, dando colorido a la intranquila quietud de los caudalosos ríos, a la serena majestad de los montes, a la profunda y dilatada extensión de los valles e intrincadas selvas, y a los estudiados refugios de indios rebeldes, lugar agreste y rico que presenta un material inagotable para la capacidad descriptiva de un escritor de la talla del poeta nacido en Madrid, con un paisaje policromo e irregular y nunca monótono, ideal para enmarcar la brava y violenta acción.

Por la magia y poder del genio poético que hay en *La Araucana* de Ercilla, paisaje y acción se acoplan perfectamente y nos ofrecen una visión sorprendente y completa de este episodio de la conquista.

Unas veces, la pluma ercillana describe “una selva de árboles copados”, “un valle muy poblado”, “una cuesta áspera y derecha”; otras veces, “sierras, valles, montes, ejidos”, “pequeña falda de una sierra”, “cumbres, valles hondos, cordilleras”; y otras, lugares fortificados para la defensa:

“señalado el lugar, hecha la traza,  
de poderosos árboles labrados  
cercan una cuadra y ancha plaza  
en valientes estacas afirmados,  
que a los de fuera impide y embaraza  
la entrada y combatir, porque, guardados  
del muro los de dentro, fácilmente  
de mucha se defiende poca gente”<sup>10</sup>.

Tal es la fuerza que adquiere el verbo en la pluma y dentro de la estrofa ercillana que son suficientes unos versos para alumbrar la característica principal de la ciudad de Concepción:

“Piérdese la ciudad más fértil de oro  
que estaba en lo poblado de la tierra,  
y a donde más riquezas y tesoro  
según fama en sus términos encierra”<sup>11</sup>

---

<sup>9</sup> Ob. cit., canto IV, 1ª parte, tomo I, p. 222.

<sup>10</sup> Ob. cit., canto I, 1ª parte, tomo I, p.135.

<sup>11</sup> Ob. cit., canto IV, 1ª parte, tomo I, p. 268.

Mas no es Ercilla muy dado a describir ciudades; muestra más interés por el paisaje natural con toda su belleza salvaje, puesto que es en él donde la acción del poema cobra mayor altura épica por ser el escenario de la misma.

Caben también aquí los paisajes ficticios presentes en el poema y surgidos de sueños, visiones, etc...etc...En ellos se alumbra la figura del poeta deudor de los clásicos y renacentistas, mientras percibimos que lo que, como lectores, contemplamos es un paisaje que el poeta leyó en otros y ahora lo hace suyo, para deleite de los que apuesten por la lectura de su poema:

“En un asiento fértil y sabroso  
de alegres plantas y árboles cercado,  
do el cielo se mostraba más hermoso  
y el suelo de mil flores variado,  
cerca de un claro arroyo sonoro  
que atravesaba el fresco y verde prado,  
vi junta toda cuanta hermosura  
supo y pudo formar acá natura”<sup>12</sup>

Claramente se percibe que es la influencia del Renacimiento la que queda reflejada aquí, y que es un paisaje totalmente diferente de los que hemos visto hasta ahora, pertenecientes a la América recién descubierta. En éste último todo es paz, serenidad, como si se tratara de una isla tranquila, que surgiera de improviso por entre el fragor de la batalla. Lugar en verdad reñido con la violencia y bravura de los peñascos chilenos y agreste paisaje.

En esta línea están las descripciones que nos da la pluma ercillana, cuando el poeta, de mano del mago Fitón, recorre caminos misteriosos. En estas descripciones domina ante todo la inspiración y el poeta se dejará guiar por el “locus” aprendido:

“Salimos a un hermoso y verde prado  
que recreaba el ánimo y la vista,  
do estaba en ancho cuadro fabricado  
un muro de belleza nunca vista,  
do vario jaspe y pérfido escacado  
y al fin de cada escaque una amatista  
en las puertas de cedro barreadas  
mil sabrosas historias entalladas”<sup>13</sup>.

---

<sup>12</sup> Ob. cit., canto XVIII, 2ª parte, tomo II, p. 67.

<sup>13</sup> Ob. cit., canto XXVI, 2ª parte, tomo II, pp. 217-218.

El “locus amenus” da pie al poeta para entrar en la misma descripción y, superando su secuencia, emitir un juicio de valor:

“.....  
do se puede decir que estaba junto  
todo lo natural y artificioso”<sup>14</sup>.

Si tuviéramos que señalar qué canto es el más interesante, teniendo en cuenta el último punto analizado, nos inclinaríamos, sin duda alguna, por el canto XXVII de la segunda parte. Ercilla de la mano de Fitón penetra en la cueva de éste y allí, en la bola de cristal de que dispone el mago, contempla todo el orbe de la tierra y, con su peculiar fuerza descriptiva, plasma en el poema lo que quiere que no se nos escape:

“.....  
verás del universo la gran traza:  
lo que hay del norte al sur, del leste al oeste,  
y cuanto ciñe el mar y el aire abraza,  
ríos, montes, lagunas, mares, tierras  
famosas por natura y por las guerras”<sup>15</sup>.

A continuación, la lógica descripción del mundo contemplado. Y, en orden, aparecen Asia, África, Europa y América.

En Asia, acariciada en su frente más alta por el Mediterráneo, éste

“Mira.....  
tierra de promisión de Dios privada,  
y a Nazarén dichosa en Palestina,  
do a María Gabriel dio la embajada;  
ves las sacras reliquias y ruina  
de la ciudad que Tito desolada,  
do el Autor de la vida escarnecido  
a vergonzosa muerte fue traído”<sup>16</sup>.

En África “los estendidos/reinos del Preste, Cogia,...y el “Cairo

“que incluye tres ciudades

---

<sup>14</sup> Idem, p. 218.

<sup>15</sup> Ob. cit., canto XXVII, 2ª parte, tomo II, p. 220.

<sup>16</sup> Idem, p. 221.

y el palacio real de Dultibea,  
 las torres, los jardines y heredades  
 que su espacioso círculo rodea;  
 las pirámides mira y vanidades  
 de los ciegos y antiguos, que aunque sea  
 señal de sus riquezas la hechura  
 fue más que el edificio la locura”<sup>17</sup>,

prueba son de la ciencia poseída por el poeta, prueba de lo aprendido como hombre culto.

Esta ciencia la veremos aplicada también a la descripción de Europa y de América. En Europa su pluma nos lleva por “la Sicilia fértil y abundosa”, Cerdeña y Córcega, Nápoles, Roma...; por Francia, Países Bajos, Polonia, Rusia...Grecia, Chipre...y España con la “aspereza de la antigua Vizcaya”, Burgos, Logroño, Pamplona, Zaragoza, Valencia, Barcelona, León, Galicia, Lisboa, Coimbra, Salamanca, “que se muestra/felice en todas ciencias, do solía/enseñarse también nigromancia”<sup>18</sup>, Valladolid, “que en llama ardiente/se irá como la fénix renovando”<sup>19</sup>, Fonfrida, el Pardo, Aranjuez,”donde natura/vertió todas las flores y verdura”<sup>20</sup>, el Real Monasterio del Escorial contemplado en visión limpia y en perspectiva de futuro:

“Mira aquel sitio inculto montuoso  
 al pie del alto puerto algo apartado,  
 que, aunque le vees desierto y pedregoso  
 ha de venir en breve a ser poblado;  
 allí el Rey don Felipe vitorioso,  
 habiendo al franco en San Quintín domado,  
 en testimonio de su buen deseo  
 levantará un católico trofeo”<sup>21</sup>.

Madrid, “que buena suerte/le tiene el alto cielo aparejada”, Toledo, “fundada en sitio fuerte,/sobre el dorado Tajo levantada”, Córdoba, Granada, “esgrimiendo el cuchillo sobre tantas/principales cabezas y gargantas”, Sevilla donde

“.....vees la realeza

---

<sup>17</sup> Idem, p.225.

<sup>18</sup> Idem, p.228.

<sup>19</sup> Ibidem.

<sup>20</sup> Ibidem.

<sup>21</sup> Idem, pp. 228-229.

de templos, edificios y moradas,  
 el concurso de gente y la grandeza  
 del trato de las Indias apartadas,  
 que de oro, plata, perlas y riqueza  
 dos flotas en un año entran cargadas,  
 y salen otras dos de mercancía  
 con gente, munición y artillería”<sup>22</sup>,

Cádiz, “donde Hércules famoso/sobre sus hados prósperos corriendo,/fijó las dos columnas victoriosas/ Nihil ultra en el mármol escribiendo”; y las islas Canarias “reparando/en aquella del Hierro especialmente,/que falta de agua, la natura obrando,/las aves, animales y la gente/beben la que de un árbol se destila/en una bien labrada y ancha pila”<sup>23</sup>.

Ya en América, la pluma del poeta traza en atinados rasgos el nombre de las “primeras/islas que descubrió Colón, pobladas/de gentes nunca vistas extranjerías/entre las cuales son más señaladas,/los Lacayos, San Juan, la Dominica,/Santo Domingo, Cuba y Jamaica”<sup>24</sup>, para pasar a Nueva España, Panamá, Cartagena, Bogotá, Cali, Guayaquil “que abunda de madera/por sus espesos montes y sombríos”, “Piura, Loja, la Zarza y Cordillera/ de do nacen y bajan tantos ríos/que riegan bien dos mil millas de suelo,/donde jamás cayó lluvia del cielo”<sup>25</sup>, “los grandes montes y altas sierras/bajo la zona tórrida nevadas, las tierras de incultos chachapoyas habitadas”, Trujillo, Cuzco, “antiguo pueblo y señalado/asiento de los Incas y orejones”, Potosí, la villa del Plata, el río de Maule, y el de Itata y Biobío, el estrecho

“ por donde Magallanes con su gente  
 al Mar del Sur salió desembocando,  
 y tomando la vuelta del poniente  
 al Maluco guió noruesteando”<sup>26</sup>.

Todos los estudiosos han visto a *La Araucana* como un poema bélico; y lo es, por encima de todo, porque su protagonista, en mayor medida, es la guerra. Ésta con todo lo que es de su esencia, esto es, violencia y horror. De ahí que el poema pueda ser contemplado como exaltación del valor del hombre en lucha, donde el hecho histórico de la rebelión del Arauco vendría a ocupar un lugar secundario.

---

<sup>22</sup> Ibidem.

<sup>23</sup> Idem, p.230.

<sup>24</sup> Ibidem.

<sup>25</sup> Idem, p.231.

<sup>26</sup> Idem, p.233.

Quizá así pueda tener explicación la discutida asignación del verdadero protagonista de *La Araucana*: ¿Los españoles? ¿Los araucanos? Sin duda alguna, por encima de unos y de otros, ¡el valor del hombre!

Al ser *La Araucana* un poema bélico, la lucha propiamente dicha será detalladamente cantada; y, si Ercilla es minucioso y preciso al máximo en otro tipo de descripciones, en lo que respecta al tema bélico llega a límites insospechados. Puede que sea la razón por lo que, desde las primeras octavas, nos sentimos acariciados por un aire o susurro de batalla., puesto que ya en el canto primero el poeta describe con todo detalle las armas características del pueblo araucano:

“Las armas dellos más ejercitadas  
son picas, alabardas y lanzones,  
con otras puntas largas enastadas  
de la fación y forma de punzones:  
hachas, martillos, mazas barreadas,  
dardos, sargentas, flechas y bastones,  
lazos de fuertes mimbres y bejucos,  
tiros arrojadizos y trabucos.  
.....  
Tienen fuertes y dobles coseletes,  
arma común a todos los soldados,  
y otros a la manera de sayetes,  
que son, aunque modernos, más usados;  
gravas, brazaletes, golas, capacetes  
de diversas hechuras encajados,  
hechos de piel curtida y doble cuero,  
que no basta ofenderle el fino acero”<sup>27</sup>.

Se nos hace saber qué formación recibe el guerrero:

“Cada soldado una arma solamente  
ha de aprender, y en ella ejercitarse,  
y es aquella a que más naturalmente  
en la niñez mostrare aficionarse;  
desta sola procura diestramente  
saberse aprovechar, y no empacharse  
en jugar de la pica el que es flechero,  
ni de la lanza y flechas el piquero”<sup>28</sup>.

---

<sup>27</sup> Ob. cit., canto I, 1ª parte, tomo I, pp. 132 y 133.

Y Ercilla — cómo no — describirá también la estrategia del pueblo guerrero araucano en el campo de batalla y que usa la creación de un fuerte como uno de los medios más importantes de defensa:

“Hacen su campo y muéstranse en formados  
escuadrones distintos muy enteros,  
cada hila de más de cien soldados;  
entre una pica y otra los flecheros  
que de lejos ofenden desmandados  
bajo la protección de los piqueros,  
que van hombro con hombro, como digo,  
hasta medir la pica al enemigo.  
Si el escuadrón primero que acomete  
por fuerza viene a ser desbaratado,  
tan presto a socorrerle otro se mete,  
que casi no da tiempo a ser notado;  
si aquél se desbarata, otro arremete,  
y estando ya el primero reformado,  
moverse de su término no puede  
hasta ver lo que al otro le sucede”<sup>29</sup>.

Si el sitio es propicio para ello, levantarán fuertes cercados de espesos hoyos con agudas estacas en el suelo, pero cubiertos de hierba para que el enemigo caiga sorpresivamente en ellos. Con todo detalle lo describirá el poeta:

“Hacen fuerzas o fuertes cuando entienden  
ser el lugar y sitio en su provecho,  
o si ocupar un término pretenden,  
o por alguno aprieto y grande estrecho  
de do más a su salvo se defienden  
y salen de rebato a caso hecho,  
recogiéndose a tiempo al sitio fuerte,  
que su forma y hechura es desta suerte:  
señalado el lugar, hecha la traza,  
de poderosos árboles labrados  
cercan una cuadrada y ancha plaza  
en valientes estacas afirmados,

---

<sup>28</sup> Idem, p. 133.

<sup>29</sup> Idem, pp. 135-136.

que a los de fuera impide y embaraza  
 la entrada y combatir.....  
 Solían antiguamente de tablones  
 hacer dentro del fuerte otro apartado  
 .....  
 En torno de esta plaza poco trecho  
 cercan de espesos hoyos por defuera:  
 .....  
 También suelen hacer hoyos mayores  
 con estacas agudas en el suelo,  
 cubiertos de carrizo, yerba y flores,  
 porque puedan picar más sin recelo;  
 allí los indiscretos corredores,  
 teniendo solo por remedio el cielo,  
 se sumen dentro y quedan enterrados  
 en las agudas puntas estacados”<sup>30</sup>.

Por lo que se puede ver en el poema ercillano, el pueblo araucano es un pueblo nacido y sustentado para la guerra, y, por esta sencilla razón, los cargos o puestos guerreros son los más valiosos para ellos. De niños ya se les educa para la guerra y el ser guerrero reporta al hombre toda clase de privilegios. Puede, pues, conjeturarse qué clase de gente es la que lucha contra los españoles, quienes, en su mayoría, han ido allí en busca de fama y de riqueza. Por una y otra razón, en los dos pueblos enfrentados, la guerra se convierte en el pulso definidor del heroísmo, ya que “los unos que no saben ser vencidos,/los otros a vencer acostumbrados”<sup>31</sup>.

Y como para Ercilla la base del enfrentamiento es la guerra, el choque no puede ser más terrible en la magia de la pluma:”De llamas los arneses encendidos,/con gran fuerza y presteza golpeados,/formaban un rumor que el alto cielo/del todo parecía venir al suelo”<sup>32</sup> :

“Asáltanse con ímpetu furioso,  
 suenan los hierros de una y otra parte;  
 allí muestra su fuerza el sanguinoso  
 y más que nunca embravecido Marte.

---

<sup>30</sup> Idem, pp. 135-136. Larga, en verdad, ha sido la cita; pero era necesaria por lo que iluminan sus versos. Así lo haremos siempre, mas teniendo por norma buscar la brevedad y concisión de las mismas.

<sup>31</sup> Ob. cit, canto IV, 1ª parte, tomo I, p. 205.

<sup>32</sup> Idem, p. 206.

De vencer cada uno deseoso,  
 buscaba nuevo modo, industria y arte  
 de encaminar el golpe de la espada  
 por do diese a la muerte franca entrada.  
 La saña y el coraje se renueva  
 con la sangre que saca el hierro duro:  
 ya la española gente a la india lleva  
 a dar de las espaldas en el muro;  
 ya el infiel escuadrón con fuerza nueva  
 cobra el perdido campo mal seguro,  
 que estaba de los golpes esforzados  
 cubierto de armas, y ellos desarmados”<sup>33</sup>

Un aliento dulcificante corre por las estrofas del poema: Ercilla ha sabido revestir estas acciones bélicas con un movimiento dinámico, donde las escenas se mezclan vertiginosamente gracias a una técnica cinematográfica que ayuda al lector a saltar de una a otra en ritmo fugitivo:

“Arrójanse con furia, no dudando  
 en las agudas armas por juntarse  
 y con las duras puntas van tentado  
 las partes por do más pueden dañarse.  
 Cual los Cíclopes suelen, martillando  
 en las vulcanas yunques, fatigarse,  
 así martillan, baten y cercenan  
 y las cavernas cóncavas atruenan”<sup>34</sup>.

Emboscadas o auténticas batallas sirven a Ercilla para explayarse al máximo y hacernos vivir la grandeza de la acción:

“Almagro cuerpo a cuerpo combatía  
 con el joven Guacón, soldado fuerte  
 .....  
 La gente una con otra se embravece,  
 crece el hervor, coraje y la revuelta  
 y el rio de la corriente sangre crece,  
 bárbara y española toda envuelta:

---

<sup>33</sup> Ob. cit., canto II, 1ª parte, tomo I, p. 168.

<sup>34</sup> Idem, p. 170.

del grueso aliento el aire se oscurece:  
 alguna infernal furia andaba suelta  
 que por llevar a tantos en un día  
 diabólico furor les inducía.  
 Tanto el tesón en ellos ha durado  
 que espanta cómo alzar pueden los brazos:  
 estaban por el uno y otro lado  
 de amontonados cuerpos los ribazos”<sup>35</sup>

No se vea abuso por mi parte en esta cita. He creído que son de importancia también, para esclarecer lo que vengo afirmando, las ocho siguientes estrofas; por lo que deseo que se tuvieran en cuenta como fuerza de prueba.

Hay momentos en que el ritmo parece perder ese vértigo al que nos tiene acostumbrados. Puro espejismo; o al menos poco dura el instante apacible, porque, a veces, en la misma octava vuelven a trepidar las armas con toda violencia:

“En un punto los bárbaros formaron  
 de punta de diamante una muralla;  
 pero los españoles no pararon  
 hasta de parte a parte atravesarla;  
 hombres, picas y mazas tropellaron,  
 revuelven, por dar fin a la batalla,  
 con más valor y esfuerzo que esperanza,  
 vista de los contrarios la pujanza.  
 De tres dos escuadrones desviados  
 el paso les cerraron y huída;  
 viéndose así de bárbaros cercados,  
 piensan abrir por ellos la salida;  
 otra vez arremeten apiñados  
 y aunque una escuadra dellos fue rompida,  
 volvieron a sus puestos recogidos  
 quedando desta vuelta mal heridos”<sup>36</sup>.

En el poema ercillano la acción suele gozar de un tiempo posicional anterior al momento de la batalla para situar al lector en el centro de la misma de la mejor manera posible. Así podemos verlo en los siguientes versos:

“Villagrán con la suya a punto puesto

---

<sup>35</sup> Ob. cit., canto III, 1ª parte, tomo I, pp. 208,209,210 y 211.

<sup>36</sup> Ide, p. 202.

en el estrecho llano se detiene,  
 plantando seis cañones en buen puesto  
 ordena aquí y allí lo que conviene;  
 estuvo sin moverse un rato en esto  
 por ver el orden que Lautaro tiene,  
 que ocupaba su gente tanto trecho  
 que mitigó el ardor de más de un pecho”<sup>37</sup>.

Pero hay que insistir que Ercilla es todo un maestro de la técnica fotográfica, donde el “zoom” tiene un significativo valor: poco a poco va alejando la acción hasta destruir la visión del personaje individual y ofrecernos, a lo lejos, a los dos ejércitos frente a frente y deseosos de entablar la lucha:

“Con nuevo encendimiento están bramando  
 porque la trompa del partir no suena,  
 tanto el trance y batalla deseando  
 que cualquiera tardanza les da pena.  
 De la otra parte el araucano bando  
 sujeto a lo que su caudillo ordena,  
 rabiaba por cerrar más la obediencia  
 le pone duro freno y resistencia.  
 Como el feroz caballo.....  
 así el bárbaro ejército obediente,  
 viendo tan cerca el campo castellano,  
 gime por ver el juego comenzado  
 mas no pasa del término asignado”<sup>38</sup>.

Apoyado Ercilla en el poder del “zoom” de su pluma, nos hace contemplar cómo se observan los ejércitos, cómo miden las posibilidades para romperse la tensión y dar paso al chocar de armas, al grito, al gemido ya en pleno fragor de la batalla.

El poeta alarga los preeliminares, busca la mayor expresividad para reflejar la tensión existente, y, después,...todo es una sorprendente sucesión de galopadas, de luchas cuerpo a cuerpo, sangre, despojos<sup>39</sup>. Y tal es la fuerza de la pluma de

---

<sup>37</sup> Ob. cit., canto V, 1ª parte, tomo I, p. 225.

<sup>38</sup> Idem, p. 226.

<sup>39</sup> La sangre es usada constantemente por Ercilla. Con ello consigue dar más plasticidad y realismo al texto, sobre todo al contraponer su color rojo a otros colores como el blanco y el verde.

Lo contraponen al blanco del sable y así podremos leer:

“.....

Ercilla, que hay momentos en que la descripción alcanza un bello y épico patetismo, llegando a crear en nuestras gargantas verdadera nausea:

“Unos vienen al suelo mal heridos,  
de los lomos al vientre atravesados  
por medio de la frente otros hendidos;  
otros mueren con honra degollados;  
otros, que piden medios y partidos,  
de los cascos los ojos arrancados,  
los fuerzan a correr por peligrosos  
peñascos sin parar precipitosos.  
Y a las tristes mujeres delicadas  
el debido respeto no guardaban,  
antes con más rigor por las espadas,  
sin escuchar sus ruegos, las pasaban;  
no tienen miramiento a las preñadas,  
mas los golpes al vientre encaminaban  
y aconteció salir por las heridas  
las tiernas pernezuelas no nacidas”<sup>40</sup>.

Como no deseo alargar la cita, recomendaría tener presente también las octavas 40 y 41 del canto XV de la primera parte. El patetismo nos produce frío y la nausea nos anuda la garganta: por todos los lados muertos con los “bravos corazones descubiertos” y aún palpitando en el pecho, y no pocos tropezando con sus propias tripas al mismo tiempo que arremete contra el enemigo por el impulso del valor y el coraje.

En *La Araucana* también se alumbra la sombra de la muerte, y por ello, las armas y la muerte se subliman con un canto de sangre coronando la hierba, se olvida todo lo que es humano y se escucha sólo el fragor de la lucha y el odio del

---

que en aquella sazón ninguna espada  
había de sangre bárbara manchada”  
[Ob. cit., canto, V, 1ª parte, tomo I, p. 230].

Y buscando el verde como color contrapuesto, varias veces cantará:

“.....  
cubre la roja sangre todo el prado,  
tornándole de verde colorado”  
[Ob. cit., canto III, 1ª parte, tomo I, p. 182]  
“.....  
y de sangre también, que el verde prado  
quedaba de su rastro colorado”  
[Ob. cit., canto VI, 1ª parte, tomo I, p. 246]

<sup>40</sup> Ob. cit., canto VI, 1ª parte, tomo I, pp. 247 y 248.

hombre contra el hombre. Y de ahí que en el poema quepan escenas inhumanas, cuya crueldad hace estremecer, y donde el fiero guerrero enloquecido se ceba en los inocentes y ajenos a la lucha<sup>41</sup>.

El pulso entre los dos pueblos es del valor, y éste último es tan igual que resulta difícil dejar vencido a uno o a otro. El pago de la lucha es la muerte y en *La Araucana* toma las tonalidades más sorprendentes.

Notables son las descripciones de muertes individuales, donde al vigor descriptivo se une un épico dramatismo que puede constatarse en los siguientes versos:

“Y apuntando a Valdivia en el cerebro,  
descarga un gran bastón de duro enebro

.....  
que a Valdivia entregó al eterno sueño  
y en el suelo con súbita caída,  
estremeciendo el cuerpo, dio la vida”<sup>42</sup>.

“.....  
El bárbaro, la cara ya amarilla,  
se arrima desmayado al baluarte:  
dando en el suelo súbita caída,  
el alma vomitó por la herida”<sup>43</sup>.

Donde Ercilla crea un momento de gran tensión y patetismo, jugando con la serenidad del reo y el instante violento y angustioso, es en la descripción de la muerte de Caupolicán. La tensión y el patetismo que se transpira en las estrofas con las que Ercilla nos describe los últimos instantes del gran capitán araucano es una de las descripciones que se pueden presentar como modelo y de difícil superación por cualquier pluma aun muy inspirada:

“Descalzo, destocado, a pie, desnudo,  
dos pesadas cadenas arrastrando,  
con una sogá al cuello y grueso ñudo  
de la cual el verdugo iba tirando,  
cercado en torno de armas y el menudo  
pueblo detrás, mirando y remirando

---

<sup>41</sup> Téngase presente la estrofa a la que ya se ha hecho referencia en la nota anterior.

<sup>42</sup> Ob. cit., canto III, 1ª parte, tomo I, p. 191-192.

<sup>43</sup> Ob. cit., canto XV, 1ª parte, tomo I, p. 405. Ver también la estrofa siguiente.

si era posible aquello que pasaba,  
que visto por los ojos, aún dudaba.

.....  
Puesto ya en lo más alto, revolviendo  
a un lado y otro la serena frente,  
estuvo allí parado un rato y viendo  
el gran concurso y multitud de gente,

.....  
Llegóse él mismo al palo donde había  
de ser la atroz sentencia ejecutada  
con un semblante tal que parecía  
tener aquel terrible trance en nada,

.....  
No el aguzado palo penetrante  
por más que las entrañas le rompiese  
barrenándole el cuerpo, fue bastante  
a que a dolor intenso se rindiese,  
que con sereno término y semblante,  
sin que labio, ni ceja retorciese,  
sosegado quedó de tal manera  
que si asentado en tálamo estuviera”<sup>44</sup>.

Como queda ya señalado, Ercilla pretende destacar, por encima de todo, el valor del hombre y de ahí que brillen, cual estrellas en el firmamento bélico de *La Araucana*, las acciones individuales. Unas veces es Andrea, el “valiente genovés”, otras el “orgullosa” Rengo o Tucapel, Villagrán, Juan Remón Villarroel, Esquives, Lautaro, Orompello etc... Son acciones con las que el poeta logra que el lector siga ligado por el hilo de la acción y romper la monotonía de las escenas violentas que se ofrecen tal vez en número demasiado elevado. Y, si importa sobre todo elevar a categoría suprema el valor del hombre, éste está presente por igual en uno y otro bando como también ya ha quedado apuntado.

Ténganse presentes los distintos encuentros entre españoles y araucanos; unos y otros compiten en demostrar su valor sin que éste quede ensombrecido en unos o en otros. Como muestran varias estrofas que alargarán la cita, pero que son de alto valor para lo que quiero probar:

“Sobre la vida y muerte se contiene  
—perdone Dios a aquel que así cayere—

---

<sup>44</sup> Ob. cit., canto XXXIV, 3ª parte, tomo II, pp. 353 y 355.

del un bando y del otro así se ofende  
 que de ambas partes mucha gente muere;  
 bien se estima la plaza y se defiende,  
 volver un paso atrás ninguno quiere,  
 cubre la roja sangre todo el prado,  
 tornándole de verde colorado”<sup>45</sup>;

“Como si fueran a morir desnudos,  
 las rabiosas espadas así cortan;  
 con tanta fuerza bajan golpes crudos  
 que poco fuertes armas les importan;  
 lo que sufrir no pueden los escudos  
 los insensibles cuerpos los comportan  
 en furor encendidos, de tal suerte,  
 que no sienten los golpes, ni aún la muerte.  
 Antes de rabia y cólera abrasados  
 con poderosos golpes los martillan  
 y de muchos con fuerza redoblados  
 los cargados caballos arrodillan,  
 abollan los arneses relevados,  
 abren, desclavan, rompen deshebillan,  
 ruedan las rotas piezas y celadas  
 y el aire atruena el son de las espadas”<sup>46</sup>;

“La gente una con otra se embravece,  
 crece el hervor, coraje y la revuelta  
 y el río de la corriente sangre crece,  
 bárbara y española toda envuelta;  
 .....  
 Tanto el tesón entre ellos ha durado  
 que espanta cómo alzar pueden los brazos;  
 estaban por el no y otro lado  
 de amontonados cuerpos los ribazos”<sup>47</sup>

Por esto, si los españoles merecen para Ercilla la corona de la fama con no menor justicia la merecen los araucanos:

---

<sup>45</sup> Ob.cit., canto III, 1ª parte, tomo I, p. 182.

<sup>46</sup> Ob. cit., canto IV, 1ª parte tomo I, p. 207.

<sup>47</sup> Idem, p. 209.

“Entrar, pues, en el número merece  
esta araucana gente, que con tanta  
muestra de su valor y ánimo ofrece  
por la patria al cuchillo la garganta,  
y en el firme propósito parece  
que ni el rigor de hado y toda cuanta  
fuerza pone en sus golpes la fortuna  
en los ánimos hace mella alguna”<sup>48</sup>.

En la lucha cuerpo a cuerpo Ercilla aviva aún más la gracia de su inspiración, y, en pinceladas maestras, traza el cuadro épico que sonoriza la emoción y corona sobre el aliento del lector el valor del guerrero español y araucano o de los araucanos entre sí, como en el caso de Tucapel y Rengo, para demostrar ante su propio pueblo su valentía:

“Hecho por los padrinos el oficio,  
cual se requiere en actos semejantes,  
quitando todo escrúpulo y indicio  
de ventaja y cautelas importantes,  
.....  
Luego los dos famosos combatientes  
que la tarda señal sólo atendían,  
con bizarros y airosos continentes  
en paso igual a combatir movían:  
y descargando a un tiempo los valientes  
brazos, de tales golpes se herían,  
que estuvo cada cual por una pieza  
sobre el pecho inclinada la cabeza.  
.....  
Serpiente no se vio tan venenoso  
defendiendo a sus hijos en su nido,  
como el airado bárbaro furioso,  
más del honor que del dolor sentido.  
.....  
Era cosa admirable la fiereza  
de los dos en valor al mundo raros,  
la providencia, el arte, la destreza,  
las entradas, heridas y reparos;

---

<sup>48</sup> Ob. cit., canto XXIX, 2ª parte, tomo II, pp. 273-275.

.....  
 Así el fiero combate igual andaba  
 y el golpear de un lado y otro espeso,  
 que el más templado golpe no dejaba  
 de magullar la carne o romper hueso;  
 lleno de estruendo y de un aliento grueso,  
 que era tanto el rumor y batería  
 que un ejército grande parecía”<sup>49</sup>

El fragor del combate y la pelea llena el poema, atomiza la acción sobre la que se talla el ánimo bélico. Había, pues, que tomar una postura como espectador-juez ante las acciones enemigas y de los españoles, y Ercilla tomará postura ante el desafío y la guerra. El canto XXX<sup>50</sup> y XXXVII<sup>51</sup> son claves para saber de su postura. Y desigual es la postura ercillana: al juzgar el desafío tiene presente al bárbaro, ya que la lucha que se condena se da entre araucanos que quieren demostrar ante su pueblo el propio coraje y valentía<sup>52</sup>; y al juzgar la guerra piensa en el rey español y el juicio cae favorable a la guerra contra los enemigos:

“La guerra fue del cielo derivada  
 .....  
 por la guerra la paz es conservada  
 y la insolencia humana reprimida,  
 por ella a veces Dios el mundo aflige,  
 le castiga, le enmienda y le corrige;  
 .....  
 no puede ser de alguno desatada  
 esta paz general y ligamento  
 si no es por causa pública o querella  
 y autoridad del rey defensor della.  
 .....  
 En guerra justa es justo el desafío  
 la autoridad del príncipe interpuesta,  
 bajo de cuya mano y señorío  
 la ordenada república está puesta”<sup>53</sup>.

---

<sup>49</sup> Idem, pp. 262, 263 y 264.

<sup>50</sup> Ver edición de Morínigo, ob. cit., tomo II, pp. 273-275.

<sup>51</sup> Idem, pp. 391-397.

<sup>52</sup> Léanse las octavas 7-12, en ob. cit., canto XXXVII, 3ª parte, tomo II, pp. 392-394.

<sup>53</sup> Ob.cit., canto XXXVII, 3 parte, tomo II, p. 391, 392 y 393.

La causa ha de ser justa siempre y, si así es, para el poeta madrileño es lícito herir, matar, hacer esclavo, y lícito el desafío... Pero debe constar una cosa: sólo al rey le pertenece determinar la licitud de tal hecho.

Si queremos saber la razón por la que Ercilla pone como justificable la guerra, siempre que con ella se busque la paz, deberemos acudir al pensamiento filosófico-político común de su época. Por eso él canta:

“Pero será la guerra injusta luego  
que del fin de la paz se derivare,  
o cuando por venganza o furor ciego  
o fin particular se comenzare”<sup>54</sup>.

Y si se pretende buscar justificación a su canto (canto de la guerra) ésta se asienta, en el derecho y justicia que apoya a su rey:

“Mas de ambición desnudo y avaricia  
(que a los sanos corrompe y inficiona),  
llamado del derecho y la justicia  
contra el rebelde reino va en persona;  
y a despecho y pesar de la malicia  
que le niega y le impide la corona,  
quiere abrir y allanar con mano armada  
a la razón la defendida entrada”<sup>55</sup>.

La descripción en *La Araucana* se extiende también a los fenómenos naturales. Como europeo que descubre el Nuevo Mundo, Ercilla será uno más de los que queden cautivados por el poderío de la naturaleza desbordante que en este Nuevo Mundo se muestra en todas sus latitudes. Además, como hombre renacentista, está comprometido con la Naturaleza y así, en *La Araucana*, la naturaleza será examinada en sus fenómenos más cotidianos: en el amanecer y anochecer; cuando se duerme en suave y tranquila quietud y en los momentos en que se desencadenan todos sus elementos en furia incontenible.

Este tiempo cronológico será el que marque y distancie un día de otro; de él se servirá el poeta para dinamizar acciones, o una nueva variación de las mismas, o para cerrar el ciclo de una acción:

“Cuando la noche el horizonte cierra

---

<sup>54</sup> Ver ob. cit., canto XXXVII, 3ª parte, tomo II, p. 392.

<sup>55</sup> Idem, pp. 394-395.

y con la negra sombra el mundo abraza,  
 los principales hombres de la tierra  
 se juntaban en una antigua plaza”<sup>56</sup>.

La prueba del autor renacentista, aplicada a la descripción de los fenómenos naturales no se oculta en el poema y así la mitología clásica sirve de carro portador:

“Era llegada al mundo aquella hora  
 que la oscura tiniebla, no pudiendo  
 sufrir la clara vista de la Aurora,  
 se va en el occidente retrayendo;  
 cuando la mustia Clicie se mejora  
 el rostro al rojo oriente resolviendo,  
 mirando tras las sombras ir la estrella  
 y al rubio Apolo Delfico tras ella”<sup>57</sup>.

Confieso que no son muy numerosas estas descripciones en *La Araucana*, sin embargo, estarán presentes en aquellos momentos en que sean necesarias.

Pone el amanecer, por ejemplo, una nota de serenidad al poema, que contrasta claramente con el ambiente bélico general y, sin embargo, no habrá el menor indicio de que dicha descripción surja violenta de la pluma inspirada y rompa la armonía del ritmo poemático.

La noche se presenta como alivio de los cansados guerreros, aunque este alivio dure poco, y pronto, “al romper el alba...”, vuelvan de nuevo a crucificar a los hombres valerosos las penalidades y los trabajos de la guerra.

Viene a veces la noche cargada de presagios y amenazas, y así, en el ánimo del hombre valiente, pesa el anhelo del nuevo día.

La pluma ercillana no podía ser ajena, como ya se ha señalado, al poderío de la naturaleza, y así se nos ofrecen en el poema varias descripciones de tormentas. A recordar, como ejemplos, la que antecede a la aparición de Eponamón, dios de los araucanos, y la que nos da el poeta en el canto XVI, grandiosa y estremecedora, y, sin duda alguna, a mi entender, la más importante desde el punto de vista descriptivo.

El poder de la naturaleza, nueva para el ojo del europeo, contrasta con su impotencia, desacostumbrado él a la lucha contra la naturaleza. Cuando ésta se le presenta serena, él se sentirá tranquilo y confiado:

<sup>56</sup> Ob. cit., canto XI, 1ª parte, tomo I, p. 341.

<sup>57</sup> Ob. cit., canto XIV, 1ª parte, tomo I, p. 398. Ver también canto II de la 1ª parte, tomo I, pp. 162 y 163: donde se puede leer: “la esposa de Titón” y “el carro de Faetón”.

“La mar era bonanza, el tiempo bueno,  
el viento largo, fresco y favorable,  
desocupado el cielo y muy sereno,  
con muestra y parecer de ser mudable”<sup>58</sup>.

Muy al contrario, cuando la naturaleza muestra su furia, ya que la Fortuna “en el bien jamás fue estable”. Entonces el hombre se sentirá aprisionado por el pavor y la angustia:

“Seis días fuimos así pero al seteno,  
Fortuna, que en el bien jamás fue estable,  
turbó el cielo de nubes, mudó el viento,  
revolviendo la mar desde el asiento”<sup>59</sup>.

El valor del hombre también aquí corona la acción:

“.....  
mas viendo el tiempo así turbado, salta  
diciendo a grandes voces el piloto:  
¡Larga la triza en banda! ¡larga, larga!,  
¡larga presto, ay de mí, que el viento carga!”  
.....  
“Amaina!, ¡amaina!, gritan marineros:  
¡amaina la mayor!, ¡iza trinquete!  
Esfuerzan esta voz los pasajeros  
y a la triza un gran número arremete;  
los otros de tropel corren ligeros  
a la escota, a la braza, al chafaldete;  
mas del viento la fuerza era tan brava  
que ningún aparejo gobernaba<sup>60</sup>.”

Mas es la acción violenta de una naturaleza incontrolable la que se sublima en la descripción y hace más épica la acción primera. El hombre debe luchar contra la mar y el cielo:

“La braveza del mar, el recio viento,

---

<sup>58</sup> Ob. cit., canto XV, 1ª parte, tomo I, p. 427.

<sup>59</sup> Ibidem.

<sup>60</sup> Idem, p. 429.

el clamor, el alboroto, las promesas  
 el cerrarse la noche en un momento  
 de negras nubes, lóbregas y espesas;  
 los truenos, los relámpagos sin cuento,  
 las voces de pilotos y las priesas  
 hacen un son tan triste y armonía,  
 que parece que el mundo perecía”<sup>61</sup>.

.....  
 Ábrese el cielo, el mar brama alterado,  
 gime el soberbio viento embravecido;  
 en esto un monte de agua levantado  
 sobre las nubes con un gran ruido  
 embistió el galeón por un costado  
 llevándolo un gran rato sumergido  
 y la gente tragó, el temor fuerte,  
 a vueltas de agua, la esperada muerte”<sup>62</sup>.

La desigual fuerza lleva a la desesperanza que aboca en la temida muerte:

“ las voces de pilotos y las priesas  
 hacen un son tan triste y armonía,  
 que parece que el mundo perecía”.  
 .....  
 “y la gente tragó del temor fuerte  
 a vueltas de agua, la temida muerte”<sup>63</sup>.

Y lleva también a lo que es peor: a la angustia, que, atenazando los miembros del cuerpo, anula el poder de la mente:

“Crece el miedo, el clamor se multiplica,  
 uno dice: ¡a la mar!; otro ¡arribemos!;  
 otro da grita: ¡amainar!, otro replica:  
 a orza, no amainar que nos perdemos!;  
 otro dice: ¡herramientas, pica, pica!,  
 ¡mástiles y obras muertas derribemos!  
 Atónita de acá y de allá la gente

---

<sup>61</sup> Idem, p. 428.e

<sup>62</sup> Idem, p. 429.

<sup>63</sup> Idem, pp. 428 y 429.

corre en montón confuso y diligente”<sup>64</sup>.

Las estrofas traídas aquí testimonian por sí solas el poderío de la pluma de Ercilla para plasmar los fenómenos naturales, propios de las tierras del Nuevo Mundo y contra los que los hombres de esas tierras se ven obligados a luchar para sobrevivir, y hacer brillar el patetismo derivado de esas situaciones. El patetismo surge de la situación creada y que la pluma del poeta logra a base de simples trazos: “mar tempestuoso”, “cielo riguroso”, “indómito viento”, “olas espumosas”.

Maestro Ercilla, como se viene viendo, de la descripción, su talento se pone de manifiesto una vez más en el tipo de descripciones que arropan la acción humana y que será, como siempre, el centro del poema desde principio a fin.

Y, siendo, como lo es, el centro del poema ercillano el hombre en sus modos de obrar, no podía faltar la descripción de sus costumbres. Y, aunque no pueda apoyarme excesivamente en testimonios a cerca de las mismas, sí que las hay en número suficiente como para poder afirmar que a ellas alcanza la poesía descriptiva del gran poeta.

Como es natural, serán las costumbres de los araucanos las que ocupen el centro de sus descripciones. Así nos hará saber de sus costumbres en la formación de los guerreros, en la formación de sus escuadrones en pie de guerra<sup>65</sup>, en la construcción de lugares de defensa<sup>66</sup>, uso y trato con hechiceros<sup>67</sup>, elección de jefes, recurriendo a manifestaciones de fuerza y resistencia<sup>68</sup>. Todo queda iluminado en trazos pictóricos y en singular realce.

Aún quedan más realizados por Ercilla aquellos hechos de tipo costumbrista en los que el pueblo araucano suele celebrar sus acciones victoriosas: el canto X de la primera parte es una brillante prueba de lo que se está afirmando, ya que en él se nos descubrirán magistralmente las grandes fiestas que el pueblo bárbaro ha montado para festejar la victoria frente a los españoles.

Como queda apuntado ya, el hombre araucano (¿la mujer sólo para solaz del guerrero?) nacía para la guerra y, por dicha razón, sólo participarán directamente en la fiesta, por orden de Caupolicán, los guerreros:

“Una solene fiesta en este asiento  
quiso Caupolicán que se hiciese

---

<sup>64</sup> Idem, p. 431.

<sup>65</sup> Ver octava 22 de ob. cit., canto I, 1ª parte, tomo I, p. 133, y también las octavas 23, 24 y ss., pp. 133 y 134.

<sup>66</sup> Ver octavas 28-32 en idem, pp. 135-136.

<sup>67</sup> Ver octava 42 en idem, p. 139.

<sup>68</sup> Ver octavas 39-59, ob. cit., canto II, 1ª parte, tomo I, pp. 15-164.

donde del araucano ayuntamiento  
 la gente militar sola asistiese;  
 y con alegre muestra y gran contento,  
 sin que la popular se estremeciese,  
 en juegos, pruebas, danzas y alegrías  
 gastaron, sin aquel, algunos días”<sup>69</sup>.

Son ordenados juegos, competiciones y danzas; y se establecen preciados premios para los ganadores: “un alfanje guarnecido”, “de plata una celada/ cubierta de altas plumas de colores”, “un arco hecho por arte con su dorada aljaba”, “un caballo morcillo rabicano”. Premios ellos que respondían a las pruebas y a la pericia mostrada por los competidores.

Como prueba y muestra, unas octavas donde se pinta con inusitada belleza el juego de la lanza:

“No bien sonó la alegre trompa, cuando  
 el joven Orompello ya en el puesto,  
 airosamente en manto derribando  
 mostró el hermoso cuerpo bien dispuesto  
 y en la valiente diestra blandiendo  
 una maciza lanza. Luego en esto  
 se ponen asimismo Lepomande,  
 Crino, Pillolco, Guambo y Mareande.  
 La de Pillolco fue el asta primera  
 que a falta de rigor a tierra vino;  
 tras ella la de Guambo y la tercera  
 de Lepamonde y cuarta la de Crino;  
 la quinta de Mareande y la postrera,  
 haciendo con más fuerza más camino  
 la de Orompello fue, mozo pujante,  
 pasando cinco brazas adelante.  
 Tras estos, otros seis lanzas tomaron  
 de los que por más fuertes se estimaban;  
 y aunque con fuerza extrema procuraron  
 sobrepujar el tiro, no llegaban;  
 otros tras estos y otros seis probaron  
 mas todos con vergüenza atrás quedaban  
 y por no detener en este cuento,

---

<sup>69</sup> Ob. cit., canto X, 1ª parte, tomo I, pp. 320-321.

digo que lo probaron más de ciento.  
 Ninguno con seis brazas llegar pudo  
 al tiro de Orompello señalado  
 hasta que Leucotón, varón membrudo,  
 viendo que ya el probar había aflojado,  
 dijo en voz alta: “De perder no dudo  
 mas porque todos ya me habéis mirado  
 quiero ver deste brazo lo que puede  
 y a dó llegar mi estrella me concede”.  
 Esto dicho, la lanza requerida,  
 en ponerse en el puesto poco tarda  
 y dando una ligera arremetida  
 hizo fuerza de sí fuerte y gallarda;  
 la lanza por los aires impelida  
 sale cual gruesa bala de bombardas  
 o cual furioso trueno, que corriendo  
 por las espesas nubes va rompiendo.  
 Cuatro brazas pasó con raudo vuelo  
 de la señal y raya delantera  
 rompiendo el hierro por el duro suelo  
 tiembla por largo espacio el asta fuera.”<sup>70</sup>

La competición, como se ve, es retratada con toda la fuerza y belleza expresiva por la pluma de Ercilla<sup>71</sup>. Pero además ha de señalarse que este género de competición tiene la más emotiva y celebrada actualidad, puesto que en el lanzador de lanza araucano podemos ver retratado ya al lanzador actual de jabalina. Y hoy, lo mismo que entonces, la voz de la turba corea la marca registrada cuando ésta supera las logradadas con anterioridad. El periodista que nos relatara este hecho en la actualidad podría hacerlo con estos versos ercillanos:

“Alza la turba un alarido al cielo  
 y de tropel con súbita carrera  
 muchos a ver el tiro van corriendo,  
 la fuerza y tirador engrandeciendo”<sup>72</sup>.

---

<sup>70</sup> Idem, pp. 323-324.

<sup>71</sup> Téngase presente el trabajo de Luis Morales Oliver, *Raíz vascongada en la vida y en la obra del poeta Ercilla*, Bilbao, 1935.

<sup>72</sup> Idem, p. 325.

Otras pruebas como en la que se enfrentan Tucapel y Rengo, nos recordarán la lucha libre, y nuestra lucha leonesa, canaria... , entre valerosos mozos:

“Puesto nuevo silencio y despejado  
 el campo de la prueba se hacía  
 el diestro Cayeguán, mozo esforzado,  
 a mantener la lucha se metía;  
 .....  
 Dada señal, con pasos ordenados,  
 los dos gallardos bárbaros se mueven;  
 ya los viéredes juntos, ya apartados,  
 ora tienden el cuerpo, ora le embeben,  
 por un lado y por otro recatados  
 se inquietan, cercan, buscan y remueven,  
 tientan, vuelven, revuelven y se apuntan  
 y al cabo con gran ímpetu se juntan.  
 Hechas las presas y ellos recogidos,  
 en su fuerza procuran conocerse;  
 pero de ardor colérico encendidos  
 comienzan por el campo a revolverse;  
 .....  
 que entre los duros brazos reciamente  
 el triste Cayeguán, la boca abierta,  
 sin dejarle alentar le retraía  
 y acá y allá con él se revolvía.  
 Alzólo de la tierra y apretado,  
 en el aire gran pieza lo suspende;  
 Cayeguán sin color, desalentado,  
 abre los brazos y las piernas tiende,  
 dejándolo bajar, con poca pena  
 le estampa de gran golpe en el arena”<sup>73</sup>

No insisto más<sup>74</sup>. Aunque quisiera recalcar una vez más la magia serena templando la pluma del poeta para lograr la descripción. Es la palabra exacta, la frase medida, el periodo palpitante y proporcionado... Todo en simetría herreriana para lograr el cuadro vivo y luminoso con lo que la pluma toma ventaja sobre el pincel: aquí no hace falta intuir el movimiento; éste está fluyendo del aire removido

---

<sup>73</sup> Idem, pp. 326 y 327-328.

<sup>74</sup> Téngase presente el estudio de Antonio Oliver Belmás citado en la nota 3.

de la palabra, la frase, la estrofa o conjunto de estrofas que se apoyan hermanadas para corear la acción épica.

Dentro de la figura de pensamiento de la que me preocupo en este estudio y que, dada la dificultad de su logro, es una de las conquistas artísticas más apreciadas y valoradas por los críticos de arte plástico o pictórico, está el retrato. Pasa lo mismo en el campo literario; y pienso que, en el campo literario, se necesitan aún más dotes. Se necesita dominio del idioma, ángel para la captación del espacio y, de un modo especial, la intuición repentina para hermanar espacio y verbo.

Precisamente es en esta conjunción compensada donde se asienta el retrato ercillano, por lo que se puede considerar al poeta nacido en Madrid como un maestro del retrato literario<sup>75</sup>.

Entiendo por retrato literario la descripción física y moral de una persona. Estas dos descripciones se han de dar, pues, en unidad sellada para que se alumbré el retrato. Pues, si se impone la descripción física y ésta anula a la descripción moral tendremos lo que conocido es con el nombre de prosopografía; y, si, por el contrario, es la descripción moral la que se adueña del espacio literario, anulando a la descripción física, lucirá lo que conocido es con el nombre de etopeya.

He creído necesario este apunte aclaratorio, porque en el poema ercillano están presentes, bien aisladas o bien formando una unidad para alumbrar el retrato, tanto la prosopografía como la etopeya. Su presencia, como se verá, está supeditada al personaje que en ese momento llene la escena, y de modo especial, a la actitud del personaje implicado en la acción. A veces la prosopografía y la etopeya brindan su fuerza y se coronan en abrazo hermano. En *La Araucana* encontramos ejemplos de todo tipo.

Hermanadas y apostando por esa unidad que alumbrá el retrato literario, las encontramos en el poema cuando Ercilla apuesta por la descripción de los araucanos. Un retrato donde el colorido renacentista, enaltecedor de las dotes o los valores corporales, impone su yugo:

“Gente es sin Dios, ni ley, aunque respeta  
aquel que fue del cielo derribado,  
que como a poderoso y gran profeta  
es siempre en sus cantares celebrado;  
invocan su furor con falsa seta  
y a todos sus negocios es llamado,  
teniendo cuanto dice por seguro  
del postrero suceso o mal futuro.

.....

---

<sup>75</sup> Tener presente *Retratos de Ercilla*, tomo 3 de *Ilustraciones y Documentos en A. de Ercilla, La Araucana*, Santiago de Chile, 1910-1918 del escritor investigador José Toribio Medina.

Son de gestos robustos, desbarbados,  
 bien formados los cuerpos y crecidos  
 espaldas grandes, pechos levantados,  
 recios miembros, de niervos bien formados;  
 ágiles, desenvueltos, alentados,  
 animosos, valientes, atrevidos,  
 duros en el trabajo y sufridores  
 de frios mortales, hambres y calores.  
 No ha habido rey jamás que sujetase  
 esta soberbia gente libertada,  
 .....  
 siempre fue esenta, indómita, temida,  
 de leyes libre y de cerviz erguida”<sup>76</sup>.

La prosopografía sirve para dejar constancia mejor de la bravura y fortaleza de Elicura y Lincoya y, sobre ella, dar la necesaria pincelada moral que deje perfilado perfectamente el retrato:

“.....Elicura  
 .....  
 de gran cuerpo robusto en la hechura  
 por uno de los fuertes reputado.  
 .....  
 que bravo y orgulloso ya llegaba  
 diestro, gallardo, fiero en el semblante,  
 de proporción y altura de gigante”<sup>77</sup>.

La etopeya, al parecer, es preferida por la pluma del poeta madrileño para denunciar la debilidad humana<sup>78</sup> o el prestigio bien ganado:

“Caudillo era y cabeza de la gente  
 Francisco Villagrán, varón tenido  
 por sabio en la milicia y suficiente.  
 .....  
 Era caudillo y capitán de España  
 el noble montañés Juan Alvarado

<sup>76</sup> Ob. cit., canto I, 1ª parte, tomo I, pp. 138-140.

<sup>77</sup> Ob. cit., canto II, 1ª parte, tomo I, p. 151.

<sup>78</sup> En ob. cit., canto II, 1ª parte, p. 172 podemos leer los siguientes versos donde se retrata la debilidad de Valdivia: “Valdivia perezoso y negligente/ incrédulo, remiso, descuidado”.

hombre sagaz, solícito y de maña,  
de gran esfuerzo y discreción dotado,  
el cual con orden y presteza extraña,  
del presente peligro recatado,  
sazón no pierde, tiempo y coyuntura;  
antes las prevenciones asegura.

.....  
Era Orompello mozo asaz valido,  
que desde su niñez fue muy brioso,  
manso, tratable, fácil corregido,  
y, en ocasión metido, valeroso;  
de muchos en asiento preferido  
por su esfuerzo y linaje generoso”<sup>79</sup>.

Para modelar la imagen del guerrero, tan sentidamente admirada por Ercilla, el recurso del poeta madrileño, preferentemente, es el retrato. Como modelos, pienso, se pueden considerar el retrato de Caupolicán, donde la tragedia épica entona salmos de luz, y el retrato de Lautaro, donde parece reposar, superpuesto, un retrato salido de la mano de algún renacentista:

“Tenía un ojo sin luz de nacimiento  
como un fino granate colorado  
pero lo que en la vista le faltaba  
en la fuerza y esfuerzo le sobraba.  
Era éste noble mozo de alto hecho,  
varón de autoridad, grave, severo,  
amigo de guardar todo derecho,  
áspero riguroso, justiciero;  
de cuerpo grande y relevado pecho,  
hábil, diestro, fortísimo y ligero,  
sabio, astuto, sagaz, determinado  
y en casos de repente reportado”<sup>80</sup>.

.....  
Fue Lautaro industrioso, sabio, presto,  
de gran consejo, término y cordura,  
manso de condición y hermoso gesto,  
ni grande ni pequeño de estatura;

---

<sup>79</sup> Ob. cit., canto IV, 1ª parte tomo I, p. 221; canto IX, p. 300; y canto X, p. 326.

<sup>80</sup> Ob. cit., canto II, 1ª parte, tomo I, p. 160.

el ánimo en las cosas grandes puesto,  
de fuerte trabazón y compostura,  
duros los miembros, recios y nerviosos,  
anchas espaldas, pechos espaciosos”<sup>81</sup>.

Al acercarse a la mujer<sup>82</sup>, la pluma de Ercilla sigue la senda que dejaron trazada los clásicos italianos. El retrato de Glaura y de Lauca, salidos de la pluma de nuestro poeta, nos hacen pensar, entre otros por ejemplo, en el retrato que nos dejó Ludovico Ariosto de Alcina<sup>83</sup>. Ercilla canta:

“Era muchacha grande, bien formada,  
de frente alegre y ojos extremados,  
nariz perfecta, boca colorada,  
los dientes de coral fino engastados;  
espaciosa de pecho y relevada,  
hermosas manos, brazos bien sacados,  
acrecentando más su hermosura  
un natural donaire y apostura”<sup>84</sup>.

“.....  
Sobre un haz de arrancada hierba  
estaba en la cabeza una mujer herida,  
moza que de quince años no pasaba,  
de noble traje y parecer vestida;  
y en la color quebrada se mostraba  
la falta de la sangre que, esparcida  
por la delgada y blanca vestidura,  
la lástima aumentaba y la hermosura”<sup>85</sup>.

Pero hay retratos femeninos que se deben al aliento ercillano. En ellos el poeta ha roto los esquemas y muestra la galantería castellana, sí, pero, sobremanera, la ternura del varón cautivado por la fragancia de la debilidad femenina. De ahí que con dos pinceladas el retrato quede perfecto y en el trazo del rostro se puedan

<sup>81</sup> Ob. cit, canto III, 1ª parte, tomo I, p. 197.

<sup>82</sup> Ver José Toribio Medina, “Las mujeres en *La Araucana*”, *Hispania*, XI, 1928, pp. 1-12.

<sup>83</sup> En Ariosto se lee “Di persona era tanto ben formata”.... Hay una traducción hecha por Juan de la Pezuela, en la que el traductor sustituye el nombre de Alcina por el de Isabel y que recoge Juan Luis Estelrich en *Antología de poetas líricos italianos, traducidos en verso castellano (1200-1889)*, Exma Diputación Provincial de las Baleares, 1889, pp. 114-115.

<sup>84</sup> Ob. cit, canto XXVIII, 2ª parte, tomo II, p. 237.

<sup>85</sup> Ob. cit., canto XXXII, 3ª parte, tomo II, p. 310.

contemplar, estrechamente hermanadas, la frágil belleza corporal y la entereza del alma:

“Era de tierna edad pero mostraba  
en su sosiego discreción madura  
y a mirarme parece la inclinaba  
su estrella, su destino y mi ventura;  
yo, que a saber su nombre deseaba,  
rendido y entregado a su hermosura,  
vi a sus pies una letra que decía:  
del trono de Bazán Doña María”.

Cabe también junto al retrato renacentista el que firmaría cualquier autor barroco. En éste prima ante todo y sobre todo la prosopografía, si de ajeno humano se trata:

“vi en una loma, al rematar de un llano,  
por una angosta senda que cruzaba  
un indio laso, flaco, y tan anciano  
que apenas en los pies se sustentaba,  
corvo, espacioso, débil, descarnado  
cual de raíces de árboles formado”<sup>86</sup>.

o del peso del esfuerzo en el propio escritor<sup>87</sup>:

“.....que ahora me siento  
flaco, cansado, ronco; y entretanto  
esforzaré la voz al nuevo canto”<sup>88</sup>.

No me resisto. Su valor expresivo surgido de la concisión me invita a dar este hermoso boceto:

“ Mas un indio.....  
suelto de manos y de pies ligero  
.....”<sup>89</sup>.

---

<sup>86</sup> Ob. cit., canto XXIII, 2ª parte, tomo II, p. 141.

<sup>87</sup> Interesante el artículo de Juan Bautista Avalle Arce, “El poeta en su poema (el caso Ercilla)”, *Revista de Occidente*, XCV, 1971, pp. 152-169.

<sup>88</sup> Ob. cit., canto XI, 1ª parte, tomo I, p. 355.

<sup>89</sup> Ob. cit., canto XXXIII, 3ª parte, tomo II, p. 340.

La palabra no ha podido agruparse mejor, para, en vuelo transparente, denunciar la traición, astucia zorrón y cobardía.

Cabría traer aquí también otras muestras: los retratos de Talco y Rengo, el de Doña Mencía, el del viejo Penteguelén, el del hechicero Pechucalco, el de Jerónimo de Alderete, el del italiano Andrea, el de Millalauco, el de Crespino el de Juan de Soto, el de Pran, el de Don Enrique de Portugal, etc..., etc...; mas creemos que es suficiente lo expuesto para confirmar el tino de Marcelino Menéndez y Pelayo al valorar el poema de Ercilla, prestigio de una literatura común a España y América: La española e hispanoamericana.

Hay también en *La Araucana* un tipo de descripciones que no veo con claridad que quepan en alguno de los lugares anteriores, aunque tengan cierta relación con alguno de ellos.

Por ello, dada la belleza de las mismas me parecía desacertado el silenciarlas y de ahí que les dedique un aparte, en el que pueda caber cualquier tipo de descripción que esté fuera del campo hasta ahora tratado.

Si con expresividad palpitante se hace referencia a las vírgenes que deben ser entregadas por los vencidos como tributo, describiéndose sus atributos estéticos:

“Treinta mujeres vírgenes apuestas  
por tal concierto habéis de dar cada año,  
blancas, rubias, hermosas, bien dispuestas,  
de quince años a veinte, sin engaño:  
han de ser españolas y tras éstas  
treinta capas.....<sup>90</sup>”.

con no menor luminosidad expresiva quedan también trazadas las perfecciones de los alazanes a tributar:

“También doce caballos poderosos  
nuevos y ricamente enjaezados,  
domésticos, ligeros y furiosos,  
debajo de la rienda concertados  
y seis diestros lebreles animosos  
en la caza me habéis de dar cebados”<sup>91</sup>.

aunque, ciertamente, donde la pluma de Ercilla alcanza su cota de luz en el retrato del caballo es describiendo al noble animal de Villagrán:

---

<sup>90</sup> Ob. cit., canto XII, 1ª parte, tomo I, p. 359.

<sup>91</sup> Idem, pp. 359-360.

“Estaba en un caballo derivado  
de la española raza poderoso,  
ancho de cuadra, espeso, bien trabado,  
castaño de color, presto, animoso,  
veloz en la carrera y alentado  
de grande fuerza y de ímpetu furioso,  
y la furia sujeta y corregida  
por un débil bocado y blanda brida”<sup>92</sup>.

Al pasar sobre el canto VII (primera parte) el aliento admirado se suspende. Aquí, para dejarnos descrito el saqueo por los araucanos de la ciudad de Concepción, la palabra *ercillana* se reviste de etérea belleza y bravura castellana y su pluma — se percibe — arrincona los colores para arrebatarnos su don en beneficio de la misma acción. Su pluma deja de serlo para convertirse en cámara fotográfica que va plasmando a velocidad de vértigo la violencia que nihila la misma acción, porque el campo de un sentido se ve violado por el del otro hasta que, sobre la arena de la luz-acción, queda la inmutable quietud de la nada, surgida de la mano impía del hombre:

“Levántase un rumor de retirarse  
y la triste ciudad desamparalla,  
diciendo que no pueden sustentarse  
contra los enemigos en batalla;  
corrillos comenzaban a formarse,  
la voz común aprueba el despoballa;  
.....  
Quién a su casa corre pregonando  
la venida del bárbaro guerrero;  
quién aguija a la silla procurando  
cincharla en el caballo más ligero;  
las encerradas vírgenes llorando  
por las calles, sin manto ni escudero,  
atónitas, de acá y de allá perdidas,  
a las madres buscaban desvalidas.  
.....  
Ya por el monte arriba caminaban  
volviendo atrás los rostros afligidos  
a las casas y tierras que dejaban,

---

<sup>92</sup> Ob. cit., canto VI, 1ª parte, tomo I, p. 249.

oyendo de gallinas mil graznidos;  
 los gatos con voz hórrida maullaban,  
 perros daban tristísimos aullidos.  
 Progne con la turbada Filomena  
 Mostraban en sus cantos grave pena”<sup>93</sup>.

Sea el clamor del verso poderoso este apartado. Él, mejor que mi mano, puede servir la prueba fidedigna de una pluma nacida para la descripción y prendida en el ala de la acción.

Por lo expuesto hasta aquí, aunque la mía no haya alcanzado, ni por asomo, el vuelo de la pluma del gran poeta épico, se puede afirmar que el juicio de Marcelino Menéndez y Pelayo, referido al gran poema épico de Ercilla es más que justo y acertado. Ercilla es un maestro, y grande, de la descripción. Así hay que admitirlo, aunque no falten momentos en que la acción descrita roce la monotonía.

A Ercilla le basta el fino sentido de observación para captar una acción y plasmarla en verso. En ciertos momentos recurre a medios que le servirán para acercar a los lectores a los hechos. Se nota claramente que Ercilla pretende la participación vivencial en sentimiento del lector-espectador. Este interés se acusa con claridad; de ahí esa minuciosidad, ese cuidado, ese puntillismo suyo en el detalle.

Comparación, enumeración y síntesis son, a mi entender, los tres recursos más importantes, que usa Ercilla en sus descripciones.

Como de la comparación (símil) en *La Araucana* ya he escrito en otro momento<sup>94</sup>, no es necesario volver sobre el tema, pues daría demasiada amplitud a este trabajo y porque, por otra parte, no son los recursos empleados en la descripción el centro de este estudio nuestro, sino la descripción misma.

La enumeración, recurso usado por Ercilla, no sólo sirve a la descripción sino que también contribuye a agilizar el movimiento de la acción que se describe. La síntesis es un recurso que el poeta madrileño usa en toda descripción, pero de un modo especial en el retrato, donde rara vez utiliza una oración o frase para poner de relieve una cualidad o mostrar una acción de sus personajes. Es una palabra — generalmente un adjetivo — la que alumbró todo el sentido de la descripción.

Y es curioso que, cuando introduce una oración con verbo explícito, se sucedan después en cascada una serie de epítetos o adjetivos rápidos, cortantes, y generalmente de pocas sílabas que aligeran y alegran a la vez el texto, dando la impresión de que el cuadro es exhaustivo.

Ténganse como ejemplo los versos siguientes:

<sup>93</sup> Ob. cit., canto VII, 1ª parte, tomo I, pp. 265, 257 y 258-259.

<sup>94</sup> Ver mi trabajo citado en la nota 4, “El símil en *La Araucana* y *El Arauco domado*, en *La Ciudad de Dios*, Vol. CXC, nº 2, El Escorial, 1977, pp. 345-366.

“El buen Penteguelén, curaca anciano,  
de condición muy áspera, enojado,  
pero afable en la paz, fácil y humano,  
viejo, enjuto, dispuesto, bien trazado,  
señor de aquel hermoso y fértil llano”<sup>95</sup>.

Insisto en esta nota característica de la síntesis. Su sentido de la palabra es “pregnante”: dentro de cada una de las palabras empleadas en la descripción trasciende su simple sentido primero para colocar al lector en un sentido que indique algo más en profundidad.

Recurso ercillano muy digno de tenerse en cuenta es la descripción en círculos concéntricos. Y ha de hacerse constar que, a medida que se avanza en la lectura de la obra, aparece con más claridad la semejanza de estructura con la épica clásica y de los renacentistas italianos. Y no sólo en la forma, sino también en el sentido profundo del intento de la épica clásica.

En la época clásica se puede decir que no existe el héroe pequeño. En ella el héroe es conocido desde los primeros momentos de la descripción: es fuerte, alto, esbelto, proporcionado, invencible. Y, cuando llega la hora de la verdad, lucha hasta la muerte, superando sus limitaciones a la manera de los dioses; de tal modo que, en circunstancias en que a un mortal le sería imposible luchar y sobrevivir, él, el héroe de la épica clásica, en un esfuerzo quizá sobrehumano, sale victorioso milagrosamente o muere, aunque después de haber sembrado el campo de batalla con la sangre de todos sus enemigos. Él será el último en entregar la vida en el caso de que así suceda.

Esto motiva a pensar que ésta es la razón por la que Ercilla se muestra admirado ante el pueblo araucano, que sabe morir cual héroe en el campo de batalla. E. Anderson Imbert así parece creerlo cuando afirma: “Así como Homero estima a Héctor, Tasso a Solimán, y Boiardo a Agricane, también Ercilla estima a sus enemigos”<sup>96</sup>.

Esta es la clave de que las descripciones de aquellos personajes que el autor no considera héroes tienen una valoración menor. El retrato aparece con todas las notas precisas para mantenerlo en segundo o tercer lugar. Será el gran secreto y digno de la aparición de objetividad. Ercilla, sin necesidad de recurrir en la descripción de la persona a una apreciación de juicio o valor explícito, la ha rebajado a fuerza de adjetivos al lugar que él cree debe ocupar.

En fin, tengo para mí que la descripción de un modo general, y el retrato en especial, en *La Araucana*, alcanzan, en manos o la pluma de Ercilla, una altura

<sup>95</sup> *La Araucana*, ob. cit., canto VIII, 1ª parte, tomo I, p. 277.

<sup>96</sup> Ver E. Anderson Imbert, *Historia de la literatura hispanoamericana, I. La colonia. Cien años de republica*, 6ª edic., México, Fondo de Cultura Económica, 1967, p. 66.

dramática tal que da pie a que Concha de Salamanca se exprese de este modo: “La vena épica de Ercilla es rica y majestuosa, y es posible que jamás envejezca. Muy celebradas han sido las descripciones de las batallas y encuentros, en que no tiene rival entre los épicos españoles. Es tan poderoso el realismo, que llega a sentirse el choque de las mazas y la carrera de los caballos. Se respira la pasión de los combates”<sup>97</sup>.

---

<sup>97</sup> En *Alonso de Ercilla: La Araucana*, edic., prólogo y notas de Concha de Salamanca, Madrid, Aguilar, 6ª edc., 1968, p. 36.

